

LA FAMILIA RURAL

por
Edgar Emilio
Arancibia

NOS TOCA, ahora, esbozar algunas observaciones que pongan de relieve la gran trascendencia que tiene el más importante agente de socialización: la Familia Rural.

Pero, antes de esto, haremos una pequeña digresión. Más de una vez se ha escuchado desde los balcones del urbanismo este apodo peyorativo: "los chacras", sinónimo de rudeza e ignorancia, con que se designa a la gente de campo, sin pensar que, la mayor culpa de sus deficiencias, generalmente, la tienen los mismos privilegiados de la ciudad.

No se trata de suscitar una polémica al respecto, pero, si, puntualizar la existencia de cierta tendencia a minimizar los problemas y sufrimientos del hombre de campo, considerándolo como un ser inferior, que no merece tanta atención, como los que viven en las grandes poblaciones urbanas.

Sin embargo, todos somos argentinos y herederos directos de una misma historia.

Y, más aún, mucho tiene que ver la población rural con la fundación y estabilidad de los poderosos centros urbanos, cuya mesa familiar y florecientes industrias se nutren de la materia prima que les proporciona el agro, posibilitante asimismo de la adquisición de nuevas divisas monetarias en el comercio extranjero.

Por ésta, y otras razones, bien merece la Familia Rural convertirse en el centro de nuestra atención y estudiar sus características propias, que nos conduzcan a comprender mejor su situación y brindarle así una solución más adecuada a sus necesidades.

Uno de los prejuicios más comunes que se tejen en torno al hombre de campo es que, dado que se halla muy apartado de los centros de cultura, no llega a conformar en su ser una personalidad bien definida. Son dejados, temerosos, desconfiados, ignorantes, perezosos, avarientos, insensibles, impulsivos...

Sin pretender paliar lo que pueda haber de desorden en su conducta, ya que son simples hombres, no debemos confundir la costra de su explicable reserva, frente, sobre todo, a los que tradicionalmente buscan la forma de aprovecharse de su ingenuidad e ignorancia, con el meollo de su íntima manera de ser.

Se define a la personalidad como la integración en el individuo de una conducta psicológica.

Y el hombre de campo, aunque le falte una buena dosis de cultura, por una carencia de información o deficiencia en el aprendizaje, no por eso deja de tener una definida y vigorosa personalidad. Toda ella es producto de la interacción del medio en que vive: familia, escuela, escenario geográfico y relación más o menos formal con las poblaciones urbanas. Todo esto obra como una gigantesca caja de resonancia, cuyos límites se confunden con la bruma del horizonte y la serena oscuridad del espacio. Su poder de acomodación de los ojos para mirar a la distancia es muy grande. También su sensibilidad sabe vibrar bajo los impulsos de profundas emociones, cuya tonalidad o longitud de onda muchas veces no encuadra en la sintonía de los que viven en el bullicio de una gran ciudad moderna. Diríamos que muchos son como poetas sin poder de expresión.

Hay personas que, viniendo de la ciudad en un fin de semana, gozan del aire puro del campo, admiran sus bellezas..., pero sólo por unas horas. Otras que se horrorizan con su monotonía y soledad. Son visiones parciales o equivocadas de una misma realidad. Y merced a estas tonalidades subjetivas, luego se juzga a las personas que viven allí.

Pero lo cierto es que la Familia Rural teje toda su historia en este ambiente, saturado de sorpresas, triunfos y fracasos.

Más que en contacto, el hombre de campo vive impregnado del medio rural que lo circunda.

En la naturaleza campestre, a la turbulencia de los meteoros aéreos desencadenados, le sigue una majestuosa serenidad. Las grandes heridas que estos ocasionan a los seres vivientes e inanimados, se curan con el bálsamo del tiempo, del anonimato y de muchas otras bellezas que sólo los espíritus fuertes y delicados saben captar.

La parte iracible de su rica sensibilidad, cuando no se extravía por los senderos del vicio, se va encausando silenciosamente a través del régimen inexorable de los ciclos biológicos, que caracterizan a toda explotación agropecuaria, para convertirse en la sabia paciencia del hombre

campechano. Esta virtud de la fortaleza es una de las características más estimables de su conducta psicológica y de su fisonomía moral.

Su marcado territorialismo

Es frecuente observar en varias especies animales una tendencia especial a la conquista y conservación de un área determinada de terreno para asegurar el espacio vital de su prole. Por esta razón, se observa una estricta vigilancia y, llegado el momento, si es necesario, se lucha hasta la muerte. A dicho instinto animal se le suele llamar comúnmente: territorialismo.

Ahora bien. Si es verdad que todos los hombres, en mayor o menor escala, tienen esa tenacidad para defender sus bienes materiales, frente a un eventual agresor, nadie le aventaja al hombre de campo, sobre todo, cuando ha consumido toda una vida de trabajo en el lugar, en la defensa de los lindes de su predio, dentro del cual se siente verdadero rey. En este pequeño imperio de sus afanes, ve salir y ponerse el sol, teniendo incluso la potestad de reglamentar el paso de los peatones a través de las vallas o alambrados, cargando con ostentación un arma de fuego.

El aislamiento y soledad en que pasa su rutinaria vida de trabajo, proporciona un marco apropiado a ese estado de autosuficiencia y gran libertad que determina su condición de propietario de la tierra, hasta plasmar en su carácter una marcada tendencia al individualismo. Es como la consecuencia de su espíritu territorialista, que luego se traduce en el conocido autoritarismo paterno dentro de la familia rural.

Y esta soberanía de su voluntad, cobra aún mayor vigor, cuando puede ostentar con orgullo una rica herencia de prácticas y habilidades, provenientes de sus mayores, para dominar las fuerzas de la naturaleza y arrancarle a la tierra sus incalculables riquezas. De allí su gran resistencia a los cambios y adopción de nuevas técnicas, sobre todo, cuando goza de poca permeabilidad a las exigencias de una sana razón y al ejemplo de los más aventajados en la renovación de métodos anticuados. Para él las palabras tienen poco valor, cuando no van acompañadas de fehacientes realizaciones. Y su terquedad cobra gran audacia, cuando contempla el fracaso de los doctos que luego pretenden enseñarle. Por eso su natural prevención de los que se acercan a él esgrimiendo títulos y poca experiencia.

Todos los esfuerzos de la familia rural se concentran en la explotación agrícola, como verdadera unidad económica, en la que, la resistencia al trabajo físico, suele ser la pauta general para medir la capacidad y rendimiento de los restantes miem-

broos del grupo, incluso de los menores de edad.

La siembra, la lucha contra las plagas, la cría y cuidado de los animales, la cosecha, la sequía, todo lo que haga a la faena de la producción agropecuaria, significa el centro de interés que motiva los comentarios más variados en torno a la mesa de familia.

Pero, todas esas alegrías y satisfacciones se ven perturbadas, cuando se trata de lidiar con la comercialización de los productos, en la que el productor agrario, generalmente desprovisto de adecuados medios de transporte y poco avezado al manejo de los números, siempre se halla en marcada desventaja frente al desaprensivo comprador. Falta de información, oportunismo de los traficantes y acopiadores, desunión de los mismos agricultores, conspira en contra de una justa remuneración a sus fatigas y esperanzas largamente acariciadas.

Esta frustración a su varonil esfuerzo de labrar la tierra, sin conocer muchas veces un día de fiesta bien gozado, sobre todo cuando las condiciones climáticas y ambientales son adversas, provoca una profunda decepción en sus sentimientos, con ciertos visos de trauma emotivo, que lo vuelve medio retraído, tímido y desconfiado. Y mucho más, cuando advierte que todo este fracaso se debe principalmente a su falta de instrucción y capacidad para discernir la verdad en medio de una conversación bien llevada, de su parte con toda franqueza, pero llena de trampas y sofismas de parte de su interlocutor dispuesto a sacarle ventaja.

Y cuando esa ignorancia es invencible, por su ya extrema rudeza y carencia de un ánimo eficaz para superarse, se da una regresión paulatina hacia un tipo de mentalidad ocultista y libre de toda razón. Por eso, es tan frecuente ver que cuelga con la mayor naturalidad en los árboles o alambrados cráneos de animales u otros objetos protectores de su cosecha que le inspira su ánimo supersticioso. En estos casos, los extensionistas tienen que obrar con suma prudencia, para tener entrada en sus problemas y poder inculcarle nuevas prácticas.

Y tratándose de su falta de salud, no es de admirar que acuda al curanderismo como el único medio expedito y a su alcance para conseguir el remedio de sus males. Pues, casi siempre su situación económica es tan apremiante, endeudado con todos los boliches y carnicerías del pago, que está muy lejos de satisfacer las exigencias de un facultativo, de la clínica o farmacia.

En la ciudad, todo se tiene a mano. Pero en el campo, principalmente cuando hay mucha pobreza e ignorancia, casi todo debe ser improvisado para salvar la vida de su familia o satisfacer las necesidades más apremiantes del ser humano. ♦